

Libros del Asteroide 

# Eduardo Halfon

## Signor Hoffman



# **Eduardo Halfon**

Signor Hoffman

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Eduardo Halfon, 2015  
c/o Indent Literary Agency  
[www.indentagency.com](http://www.indentagency.com)

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Library of Congress

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-16213-55-9  
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Play myself, and let the  
wardrobe do the character.

HARRY DEAN STANTON

## Signor Hoffman

Desde el tren se miraba el azul infinito del mar. Yo seguía agotado, desvelado por el vuelo nocturno y transatlántico hasta Roma, pero sólo contemplar el mar, ese mar Mediterráneo tan infinito y azul, me hacía olvidarlo todo, aun olvidarme de mí mismo. No sé por qué. No me gusta ir al mar, ni nadar entre las olas, ni caminar en la playa, ni mucho menos salir en barco. Me gusta el mar como imagen. Como idea. Como pensamiento. Como parábola de algo misterioso y a la vez evidente; de algo que al mismo tiempo promete salvarnos y amenaza matarnos. El mar, en fin, como una vecina desnuda y relumbrante en su ventana nocturna: desde lejos.

El viejo tren estaba recorriendo despacio toda la costa del Mediterráneo, por Nápoles, por Salerno, por aldeas cada vez más pequeñas y pobres, hasta finalmente entrar en Calabria. Ese extremo sureño de la península italiana. Esa región tan bucólica y montañosa y aún dominada por una de las mafias más poderosas del país, la 'Ndrangheta. El vagón iba casi vacío. Una anciana hojeaba revistas de moda. Un militar o policía dormitaba en el fondo. En la fila delante de mí, una pareja de adolescentes, acaso novios, estaba coqueteándose y besándose y discutiendo recio en italiano. Ella se erguía un poco en su asiento y se ponía de perfil y le pedía a él que por favor contemplara su nariz (yo no podía vérsela desde atrás; me la imaginé aguileña y larga, pálida y bella). Pero el chico sólo se la besaba en silencio, y ambos entonces se volvían a derretir en risas y cariños. Tardé un poco en comprender que esa misma noche harían una gran fiesta con todos sus amigos, ya que la chica había decidido operársela, reducírsela, al día siguiente. Una fiesta de despedida para su nariz, comprendí en italiano. Los besos del chico, comprendí en italiano, eran besos de despedida.

Me bajé del tren en la estación de Paola, pequeña ciudad turística frente al mar. Estaba de pie en el andén, terminando de

abrigarme en el frío invernal, e intentando decidir qué hacer, en qué dirección caminar, cuando sentí que alguien me agarró el brazo desde atrás. Signor Halfon. Le sonreí desconcertado, viendo su melena rubia, su barba greñuda, su mirada de loco, pero de loco benévolo, de loco que se acaba de escapar de algún circo y a nadie le importa. Yo soy Fausto, dijo. Benvenuto in Calabria, y me estrechó la mano. ¿Qué tal el viaje? Su español me pareció correcto, aunque demasiado cantado. Todo él me pareció un actor de ópera bufa. Tendría, pensé, más o menos mi edad. Le dije que el viaje bien, pero largo. Me alegro, dijo ras-cándose la barba. Yo estaba tratando de recordar su nombre o su rostro, en vano. De pronto tomó mi maleta sin preguntarme. Bene, dijo. Andiamo subito, dijo, que ya es tarde, arrastrando mi pequeña maleta, guiándome del codo hacia delante como si yo fuera un ciego. Tengo la máquina estacionada aquí en la estrada, dijo. Para llevarlo a usted ahora mismo, signor Halfon, al campo de concentración.



La máquina de Fausto era un viejo Fiat rojizo que ya apenas cumplía con las mínimas normas de tráfico. Había que mantener el maletero cerrado con una cuerda. Mi cinturón de seguridad estaba roto. No había espejo retrovisor (quizás hubo, alguna vez, pues ahí seguía su huella de goma). Los frenos olían permanentemente a quemado. No entendí si por un fallo de las luces o del sistema eléctrico en sí, cada vez que Fausto quería cruzar tenía que pedir vía sacando su brazo izquierdo por la ventana, una ventana que estaba trabada a medias: ya no abría por completo, ni cerraba por completo. De vez en cuando, el motor hacía un ruido extraño, como ahogándose, como si estuviera a punto de morir, pero Fausto entonces sólo le daba un fuerte manotazo al tablero y el motor una vez más se salvaba. Aunque apenas.

Questo, dijo Fausto señalando con la mano una enorme iglesia o catedral, es el Santuario di San Francesco di Paola. Muy bello, dijo. Muy famoso. Muchos peregrinos de toda la Calabria. Y murmurando algo, se persignó. Le pregunté si iríamos primero al hotel a dejar mis cosas, a que me refrescara y descansara un po-

co. Dopo, dopo, me respondi3. Despu3s, se tradujo a s3 mismo. Ahora directo al campo de concentraci3n, dijo, donde lo espera el director. Y yo cre3 escuchar que hab3a dicho herr direktor, y que hasta lo hab3a dicho con un ligero acento alem3n, y estuve a punto de gritarle que, conduciendo a un campo de concentraci3n, jam3s se le dice eso a un jud3o.

Se me antoj3 un cigarro. Le pregunt3 a Fausto si ten3a uno, si 3l fumaba. Pero me ignor3 o tal vez no me oy3.

En el Santuario di San Francesco di Paola, dijo mientras sal3amos ya de la ciudad, hay todav3a una bomba sin detonar. Quise abrir mi ventana para airearme, ventilar un poco el olor a polvo, a vaselina, a colonia barata; una ventana, claro, que no funcionaba. Cay3 en 1943, dijo, durante los bombardeos de los aviones aliados, pero nunca deton3. Fausto aceler3 en una avenida recta y larga, bordeada de olivos. Y ah3 sigue esa bomba, intacta, dijo soltando la palanca de velocidades y alzando la mano derecha. Su largo dedo 3ndice se estrell3 sin querer contra el techo del Fiat. Un verdadero miracolo, dijo como desde otro lugar, o quiz3s era yo quien estaba ya en otro lugar, pensando en otras bombas, pensando en Hiroshima, so3ando con Hiroshima, recordando que hac3a poco, de viaje en Hiroshima, una chica japonesa llamada Aiko me hab3a llevado a visitar la escuela primaria Fukuromachi, ubicada a menos de medio kil3metro del punto exacto donde el 6 de agosto del 45, a las ocho y cuarto de la ma3ana, cay3 la bomba at3mica. Aiko y yo est3bamos de pie ante un muro negro que sub3a por el costado de unas viejas escaleras. Parec3a una pizarra negra, llena de apuntes blancos. Aiko, cuyo propio abuelo hab3a sobrevivido a la bomba (3l nunca le hablaba de eso, ni de las quemaduras de radiaci3n en su espalda), me dijo en ingl3s que 160 maestros y alumnos estaban dentro de la escuela en el momento del impacto, apenas iniciando sus clases, y que todos murieron instant3neamente. De la escuela original, me dijo, s3lo quedaba ese espacio donde est3bamos parados: la 3nica parte de la escuela que hab3a sido construida con cemento reforzado. Y en los d3as justo despu3s del impacto, me dijo Aiko, ese mismo muro que ten3amos ahora enfrente, ya ennegrecido por el humo y holl3n de la bomba, se fue convirtiendo espont3neamente en un muro comunitario donde

algunos sobrevivientes de la ciudad, usando trocitos de tiza blanca de la escuela, dejaban mensajes escritos para sus familiares. Por si algunos familiares también habían sobrevivido a la bomba, me dijo, y llegaban a leerlos. Aiko guardó silencio y subió un par de gradas, y a mí se me ocurrió que vestida así, con una pequeña falda tipo escocesa y calcetines blancos y flojos y abultados alrededor de sus tobillos, hasta parecía una colegiala, acaso una colegiala de allí mismo, de esa misma escuela. Aunque de pronto la vi meter su mano debajo de la falda y rascarse el muslo desnudo y firme y recordé que una colegiala en definitiva no era. Volví la mirada hacia el muro negro. Nada más me quedé viendo todos los caracteres japoneses ante mí, todas las palabras blancas sobre ese muro negro, todo aquello escrito con tiza por los sobrevivientes de Hiroshima, aún vivo y palpable después de tantos años. Ambos seguíamos en silencio, como en honor a algo. Desde fuera nos llegaba el ruido de niños jugando. Centenares de coloridas grúas de papel, colgadas cerca de un ventanal, revoloteaban en la brisa. No quise o no pude marcharme de la escuela hasta que Aiko terminó de leerme, en japonés y en inglés, cada una de las breves historias blancas sobre ese muro de humo negro.



Ferramonti di Tarsia, decía en un pequeño rótulo amarillo. Ex Campo di Concentramento. Fondazione. Museo Internazionale Della Memoria. Y encima de todo, como emblema o logotipo de todo en el rótulo amarillo, una linda espiral de alambre de púas.

Un señor de pelo blanco fumaba de pie en el portón de ingreso. Sólo me observó mientras yo salía del viejo Fiat y caminaba con Fausto hacia él. Parecía desesperado. Casi enfadado o molesto por algo. En eso lanzó su colilla con fuerza en mi dirección, acaso directo hacia mí. Herr direktor, supuse.

Fausto nos presentó. Su apellido era Panebianco. Todos le decían así, Panebianco. Estaba vestido como de luto, con abrigo negro y camisa blanca y corbata negra. Llevaba puesto un gorro también negro, típico siciliano, llamado coppola. Yo le dije que mucho gusto y le estreché la mano, pero Panebianco, diciéndole

algo a Fausto que no entendí, pareció no verla frente a él, y sólo continuó hablando. No supe qué hacer. Mi mano seguía ahí, entre nosotros, olvidada en el aire. De repente llegó caminando una chica de pelo negro muy corto, y grandes ojos negros, y botines negros, y medias negras, y abrigo negro, y se paró justo detrás del director. Su hija, quizás. También de luto, quizás. Panebianco por fin paró de hablar y bajó la mirada y me dio el apretón de manos más débil de mi vida. Dice el director que llega usted tarde, me dijo Fausto como si fuese mi culpa. Dice también que la gente está arribando, ahora mismo. Panebianco volvió a decirle algo a Fausto que no entendí, y sospeché entonces que le estaba hablando en dialecto. Yo sabía un poco sobre los tantos dialectos que aún se usan por toda Calabria, decenas de dialectos, algunos de los cuales, de hecho, apenas se comprenden entre sí. Dice el director que podemos esperar unos minutos más, me dijo Fausto, para que usted, signor Halfon, conozca un poco el campo de concentración antes de empezar. Le dije que sí, que gracias, que eso sonaba bien, y Panebianco, sin más, dio media vuelta y se marchó por la puerta de ingreso, renqueando, casi con prisa. Pensé que estaba loco el viejo. Luego pensé que quería que lo siguiera hacia dentro, y estaba a punto de hacerlo cuando de pronto su hija extendió la mano y me ofreció una cajetilla plateada de Marlboro. Sus uñas también estaban pintadas de negro. Un fragmento de tatuaje brillaba en el dorso de su muñeca. Gracias, pero no fumo, le dije aceptando un cigarrillo. O no fumo mucho, le dije. O sólo fumo cuando viajo, le dije. O sólo fumo como una especie de ceremonia, le dije. Ella me pasó su mechero, y abrió sus grandes ojos góticos como con asco, y suspirando hacia mí un velo de humo azulado, susurró en perfecto español: Como quieras.



Se llamaba Marina. No era la hija de Panebianco, sino una estudiante de posgrado en historia, en la Universidad de Cosenza, que a veces ayudaba un poco a Panebianco en los eventos de la Fondazione. Me dijo, aún fumando afuera en la calle, que Ferramonti di Tarsia había sido el más grande de los quince campos

de concentración construidos por Mussolini, en 1940. Me dijo, machacando nuestros cigarros en el suelo, que no había sido un campo de exterminio, o no exactamente. Me dijo, ya entrando por el portón principal, que Mussolini lo había construido allí, en el valle del río Crati, porque ésa era una región pantanosa, infestada de malaria, y que a los prisioneros judíos contagiados de malaria simplemente se les dejaba morir. Me dijo, guiándome hacia una de las barracas, que casi cuatro mil judíos habían estado prisioneros ahí, la gran mayoría de ellos no italianos, sino del resto de Europa. Me dijo, parados en el umbral de la barraca y mirando hacia dentro, que ésa era una barraca modelo, similar a las 92 originales del campo que ya no existían. Volví la mirada hacia el interior de la galera de paredes blancas, y hermosas vigas de madera, y con una hilera de camastros pulcros, sus sábanas bien dobladas. ¿Cómo así modelo?, le pregunté, y Marina, sin verme, casi sin abrir la boca, me dijo que las 92 barracas originales habían sido demolidas en los años sesenta, para poder construir la nueva autopista que atraviesa la Calabria, y que todo lo que ahora había allí —todo— era una reconstrucción.

Me quedé quieto en el umbral, como paralizado, empezando a comprender que lo que estaba viendo no era más que una réplica; que primero habían decidido destruir el campo original y luego habían decidido construir, en el mismo sitio, una copia de ese campo original; que habían construido, en fin, una especie de maqueta o de muestra o de parque temático dedicado al sufrimiento humano, y que yo mismo, ahora mismo, parado en el umbral de esa barraca falsa, formaba parte de todo ese teatro. Y no sé si por el cansancio del viaje, o por el cambio de horario, o por el efecto del tabaco, o por no haber comido en todo el día, o por la creciente sensación de culpa o complicidad con toda esa farsa, empecé a marearme.

No me siento muy bien, le dije a Marina, sonriendo un poco para no alarmarla. Necesito sentarme, quizás tomar un poco de agua, le dije con bravura, haciéndome el valiente. Pero ella se quedó mirándome, confundida. Le pregunté si tenía un dulce o tal vez un chocolate y ella sólo pareció confundirse más. Sentí frío y calor. Sentí que las rodillas se me aflojaban. Estaba a punto de mandar mi bravura al carajo y dejarme caer allí mismo, en ese

suelo falso de ese campo falso, en la entrada de esa barraca de mierda, y echarme a dormir o a llorar puro niño. Pero Marina de pronto me tomó fuerte del brazo y me empujó hacia otra pequeña puerta de madera, a pocos pasos de nosotros, y ya entrando por la puerta escuché cómo ella le gritaba a alguien en italiano unas palabras que no entendí pero que me sonaron hermosas, indispensables, como las órdenes serenas y precisas de una enfermera de guerra.



Todo adentro estaba oscuro, fresco, en silencio. Marina me guió en la penumbra hacia la única banca, ubicada en medio del pequeño salón. Me senté. Ella se quedó de pie, justo atrás de mí. Pronto llegó Fausto y me entregó una botella de agua helada. También se quedó de pie atrás de mí. Ninguno de los tres habló. Yo estaba agradecido, y ellos lo sabían. Bebí despacio, respiré hondo, y empezaba ya a sentirme mejor cuando de repente se iluminó todo el salón. Había tres pantallas enormes, en escuadra —una en la pared a mi izquierda, otra en la pared a mi derecha, otra delante de mí—, en las cuales comenzó la proyección simultánea de una película breve, en blanco y negro, sobre la historia del campo y los prisioneros de Ferramonti di Tarsia. La narración era en italiano. La música de fondo era de supermercado. Las imágenes eran las mismas imágenes de siempre. La banca estaba ubicada en medio del pequeño salón como para que el espectador se sintiera rodeado de luz, inmerso en el amarillismo de amargura y muerte y miseria. Cerré los ojos. Intenté no poner atención y sólo relajarme mientras le daba pequeños sorbos a la botella de agua, y respiraba profundo, y sentía la mano de alguien sobre mi hombro, fuerte sobre mi hombro, como cuidándome desde atrás. Quizás era la mano de Marina. Quizás era la de Fausto.



Panebianco estaba sentado ya en una de las dos butacas rojas del escenario, sosteniendo un micrófono, hablándole al público de no sé qué cosas del museo. Y sólo continuó hablando mien-

tras Marina me empujaba por el pasillo hacia el escenario y me decía en susurros que subiera, que me sentara en la otra butaca roja. Yo me sentía mejor, aunque no bien del todo, y ya hundido en la butaca le sonreí al público con una mezcla de piedad y patetismo.

El auditorio estaba lleno. Había gente de pie en el fondo. Me costaba entenderle a Panebianco, por su acento, o por el ritmo de su italiano, o porque hablaba con el micrófono pegado a los labios, como besándolo. Algo le estaba diciendo al público calabrés sobre la importancia de la memoria, cuando Marina volvió al escenario. Sobre una mesita de madera dejó otra botella de agua helada, para mí, y un ejemplar de mi libro traducido al italiano, para Panebianco.

Cuando me contactaron para invitarme, meses atrás, yo ni siquiera sabía de la existencia de campos de concentración en Italia. Mi evento formaría parte, me dijeron por teléfono, de la agenda de eventos de la semana, en el marco del Día de la Memoria del Holocausto celebrado en Italia cada año, el 27 de enero. Me dijeron que conmemoraba el 27 de enero de 1945, día en que se liberó Auschwitz. Me dijeron que querían que fuese a hablar de mi libro, de mi abuelo polaco, de su paso por Auschwitz. Y no me dijeron más. Y yo acepté la invitación, en resumen, porque fui demasiado cobarde para decirles que no.

Panebianco llevaba quince o veinte minutos comiéndose el micrófono. Algo estaba diciendo ahora sobre sus esfuerzos en la Fondazione para recuperar la historia, para reconstruir el campo, para recibir y educar a tantos niños y niñas de las escuelas de toda la Calabria. Parecía el discurso de un burócrata buscando votos. Sin dejar de hablar ni soltar el micrófono, de pronto metió la otra mano en la bolsa interior de su abrigo, y me entregó un sobre blanco, aún sellado. Logré sentir que en el interior del sobre había un fajo de billetes. Mis viáticos, supuse, que Panebianco me estaba entregando allí mismo, en el escenario, frente al público, como si quisiera que el público entero presenciara su gesto, como si quisiera dejar evidencia oficial de su generosidad. Un fajo de billetes sucios, me imaginé. Un fajo de billetes, me imaginé, que Panebianco mismo, parado en el portón de ingreso, había recibido de las pequeñas manos de los niños y niñas de

toda la Calabria, mientras ellos iban entrando a su falso campo de concentración. Coloqué el sobre en la mesita de madera, al lado de mi libro, y tragué media botella de agua.

Panebianco finalmente se puso de pie. Dijo aún más recio que quería darle una calurosa bienvenida, pues, al invitado de honor de esa tarde. Se volvió hacia mí. Me sonrió. Al escritor y profesor, dijo en italiano. Al guatemalteco, dijo en italiano, y con exagerado entusiasmo, tras inclinarse hacia la mesita y buscar deprisa en la cubierta de mi libro, gritó: Il signor Hoffman.

Y me entregó el micrófono babeado.



Mi habitación de la Pensione Toscana estaba toda forrada con el mismo terciopelo color vino tinto. O al menos con un material de felpa que parecía terciopelo color vino tinto. El cubrecama. El sillón. Las cortinas. El papel tapiz, de suelo a techo. En todo habían usado el mismo terciopelo o falso terciopelo color vino tinto.

Yo estaba dormido sobre el terciopelo del cubrecama, boca arriba, completamente desnudo. Al llegar me había dado una ducha larga y caliente y luego me había tumbado en la cama a descansar un poco, sin meterme en las sábanas, y sin siquiera desempacar nada, y sin la intención de dormir. Pero me venció el cansancio. O tal vez me venció la tibia suavidad del terciopelo. Y de inmediato me puse a soñar con mi madre. Estaba sentada en la banca del pequeño salón, viendo la película en blanco y negro en las tres pantallas. Pero en cada una de las pantallas salíamos mi hermana, mi hermano y yo. Cada uno en su propia pantalla. Cada uno en blanco y negro y prisionero en su propio campo de concentración. Y cada uno, entonces, para salvarse, tenía que hacer en su pantalla aquello que mi madre nos dijera que hiciéramos, como si mi madre fuese la guionista y directora de nuestras tres películas. A mi hermana le decía que para salvarse tenía que bailar danza moderna, como había hecho de niña, y mi hermana se ponía a bailar en su pantalla. A mi hermano le decía que para salvarse tenía que abrir un hoyo en la tierra con las manos, un hoyo grande y profundo usando sólo las manos, y mi

hermano se ponía a escarbar en la tierra en su pantalla. A mí me decía desde la banca que para salvarme tenía que quitarme la barba, que un judío jamás se deja crecer la barba mientras vive su padre, que llevar barba era una falta de respeto hacia mi padre, hacia ella, hacia el pueblo judío. Y yo, confundido y triste, pero mirando hacia la cámara como si ésta fuese un espejo, me rasuraba la barba con una antigua navaja de afeitar.

Me despertó un tronido.

Durante varios segundos no supe dónde estaba. Seguía viendo o sintiendo a mi madre sentada en la banca. Seguía viendo o sintiendo a mis hermanos en sus pantallas, bailando y escarbando en sus pantallas. Me pasé una mano por el rostro, como para verificar. Acaso por frío o pudor, me tapé con el cubrecama de terciopelo. Suspiré aliviado, aún adormecido. Volví la mirada hacia el reloj digital en la mesa a mi lado. Eran las diez y cuarto de la noche. Había dormido menos de una hora.

Tocaron la puerta de nuevo. Un momento por favor, grité levantándome, despezándome, luchando por sacudirme las últimas imágenes en blanco y negro del sueño. Busqué una toalla en el baño y me la envolví alrededor de la cintura. Resultó demasiado pequeña. Y así, medio desnudo y sosteniendo la toalla precariamente con una mano, abrí la puerta. Allí estaban Marina y sus cigarrillos.



Aunque sombrío, era el único bar del pueblo que encontramos abierto un domingo por la noche. El dueño, un viejo calvo y barrigón, se llamaba Luigi. Fumaba en su sitio detrás de la barra, un cigarro tras otro, mientras conversaba apasionadamente con el noticiero dominical en una televisión colgada del techo. Tenía puesta una playera blanca sin mangas, una vieja pantaloneta de gabardina, calcetines negros y sandalias de hule. Como si viviera ahí mismo y estuviera atendiéndonos en la sala de su casa. Nos había dejado sobre la mesa un plato con aceitunas negras deshidratadas, otro con berenjena encurtida, otro con un tipo de salami llamado soppressata, otro con un pesto rojo y picante llamado sardella (hecho de sardinas, peperoncino y puntas de hinojo

salvaje, me dijo Marina), y un canasto con rodajas de pan campestre. Ambos tomábamos cerveza oscura. Éramos los únicos dos en el bar.

Marina se había quitado el abrigo negro. Sus brazos eran largos y firmes y de piel tersa, de un suave tono oliva. Alrededor de su antebrazo tenía tatuado un elegante y fino dragón oriental; la cola del dragón le envolvía la muñeca. Me dijo que había aprendido español en Alicante, donde vivió y trabajó un verano. Me dijo que ya había terminado su posgrado, pero no sabía qué hacer, en qué quería trabajar. Me dijo que mientras tanto ayudaba en varios museos y fundaciones históricas de la Calabria, incluyendo la de Panebianco. Me dijo que aunque llevaba varios años viviendo en Cosenza, debido a sus estudios en la universidad, era en realidad de un pueblo del otro extremo de la Calabria, en la costa del estrecho de Messina, llamado Scilla. ¿Como el monstruo Scilla, de Homero?, le pregunté y Marina sonrió, quizás por primera vez ese día. Pero igual de rápido dejó de sonreír, como si su pose gótica se lo prohibiera. Tú eres de un pueblo mitológico, entonces, le dije, un poco soberbio. Marina sólo le dio el último sorbo a su cerveza. ¿Y tu familia es de ahí mismo, de Scilla? Mi familia, dijo sin verme, es de ahí desde siempre. Y luego, muy seria, añadió: Desde antes que Homero.

En la barra, Luigi le gritó algo al rostro de Berlusconi en el televisor. Ambos guardamos silencio un minuto, como asustados ante el grito de Luigi, o como asustados ante el rostro de Berlusconi en el televisor.

Mi abuelo también estuvo preso en un campo de concentración, dijo Marina de golpe.

Encendió un cigarro para mí, luego otro para ella. Fumé profundo, notando que la colilla del cigarro estaba humedecida.

No era judío, mi nonno, dijo. Era un soldado italiano, dijo, que fue capturado por los alemanes en el 43, tras la firma del armisticio entre Italia y los aliados, y pasó los siguientes dos años como prisionero de guerra en un campo de concentración en Hamburgo. Internati Militari Italiani, se les llamaba a estos prisioneros en italiano, dijo, o Italienische Militärinternierte, en alemán. Mi abuelo, dijo, se llamaba Bacicio. O así le decíamos. Il nonno Bacicio, dijo y se volvió hacia la barra para pedirle a Luigi dos cer-